

NOS VISITO EL PAPA

Es probable que la televisión y la radio hayan invadido más de un recinto monástico, normalmente vedado. Es que la visita del Papa fue un acontecimiento que no sólo abrió las clausuras para dejar salir a quienes están habitualmente adentro, sino que también logró romper esta misma clausura para meterse dentro de ella con imágenes y palabras intensamente escuchadas y vividas. Por eso creo que no hay mucho de nuevo para contar a nadie, ya que todos hemos visto más o menos lo mismo.

Pero dicen que el recuerdo no cuenta lo que sucedió, sino que narra apasionadamente lo que se vivió. Y aquí sí que puede haber diferencias notables. Se puede asistir al mismo suceso, viendo los mismos acontecimientos, y sin embargo la vivencia que de ellos se tiene puede ser totalmente diferente. Yo quiero compartir mis recuerdos. Y para no perder la costumbre, lo voy a hacer con un par de cuentos.

Dicen que una vez, en una ciudad importante (casi todas las ciudades se sienten importantes) un joven se recibió de ingeniero agrónomo. En realidad fueron muchos los jóvenes que ese año recibieron su título habilitante. Pero en el caso al que me refiero, la cosa tenía una particularidad. Se trataba del primero de la familia que lograba superar los estudios primarios. Porque el abuelo había venido analfabeto de las Europas, allá por fines del siglo pasado. Trabajando duramente en los terraplenes del ferrocarril, a sol y lluvia, con pala y carretilla, había logrado hacer sobrevivir una numerosa familia permitiendo incluso que sus hijos fueran a la escuela lo suficiente como para aprender a leer y escribir. El padre se había atrincherado detrás de un mostrador, y desde allí en un poco a poco, había logrado afianzar su familia de segunda generación y con ello finalmente se había logrado que el nieto entrara en la universidad, y lo que es más

notable, que este vástago de tercera instancia llegara finalmente a encontrarse con el título de ingeniero agrónomo. Se había llegado a una meta.

Quizá fuera por ello, que el viejo padre, aquella tarde lo llamó a su hijo al escritorio del almacén para hablarle con ternura y emoción. Luego de expresarle en forma un tanto desmañada su profundo orgullo y satisfacción, lo anunció de que quería hacerle un regalo. Le pagaría un viaje a Europa, para que fuera a la tierra de los abuelos. Sería una manera de hacer que el éxito fuera completo, cerrando así el círculo iniciado hacía dos generaciones atrás, cuando el abuelo joven dejara su tierra con sólo la esperanza por compañera. Ahora regresaría su sangre joven, llevando entre sus manos el fruto de aquellos desvelos y renunciaciones.

Pero fue grande su sorpresa cuando el muchacho, agradeciendo cortésmente el ofrecimiento, le pidió tiempo para poder responderle. Quedaron que al día siguiente, en el mate de la madrugada, volverían a conversar sobre el asunto.

Y así fue. Entre mate y mate, el joven le hizo a su viejo una contrapropuesta, bien motivada:

—Mirá viejo: un viaje sale caro. Hoy por hoy son 5.000 dólares entre pasajes y gastos. Además eso se va pronto. A los tres meses estaré de vuelta con muchas cosas para contar, pero con todo un futuro por delante para construir, y sin nada concreto en qué poder basarme. Te propongo que cambiemos la oferta. Proporcionáme los 5.000 dólares, y con otros más que conseguiremos de crédito, me iré al Chaco, donde dicen que hay tierras disponibles. Allí me conseguiré un terrenito, donde no sólo hacerme un futuro, sino también será la oportunidad de dar a conocer a la gente de aquellos pagos los adelantos de la ciencia agraria que yo tuve oportunidad de adquirir en la facultad.

¡Imagínense! Al viejo le brillaron los ojos de emoción. Su hijo no sólo le había salido "estudioso y leído" sino además se mostraba responsable y con visión de futuro. Contento como perro con dos colas le dio un abrazo con la promesa de ayudarlo en todo, para aquel proyecto.

Y así partió nuestro Ingenierito para el Gran Chaco. Allí consiguió un lote en la antigua Forestal, y puso manos e inteligencia a la obra. Taló los árboles valiosos. De ellos hizo postes y madera. Desmontó los arbustos y dejó el campo bien preparado con una arada de fondo, según las mejores técnicas de laboreo racional. Todo quedaba así preparado para recibir la semilla que despertaría la fertilidad dormida desde hacía siglos en aquella tierra fértil.

Pero entonces recordó el consejo de un viejo y querido profesor, hombre prudente y sabio. Aquel maestro les había repetido muchas veces.

—Muchachos: ustedes saldrán de la universidad llenos de conocimientos teóricos. Pero recuerden que la experiencia la encontrarán entre los yuyos. Tendrán que caminar mucho por entre los pastos para que estos les vayan entregando

do sus secretos. En el campo viven hombres con muchos años de experiencia. Ellos no saben nada de libros, y quizá ni siquiera sepan explicar el por qué de lo que afirman. Pero saben muy bien que ciertas cosas se pueden hacer y otras es inútil hacerlas porque no darán resultado. Por eso antes de comenzar cualquier experiencia nueva, consulten y comenten sus proyectos con la gente de la tierra. Seguro que sacarán mucho provecho y además evitarán realizar gestos inútiles.

Recordando a este viejo amigo y maestro, nuestro ingenierito, una vez que tuvo preparada la tierra, se fue a verlo a Ciríaco. Era este un antiguo criollo de la zona, que tenía su rancho a la sombra de un algarrobo con muchos años de existencia. Hombre nacido y criado en la zona, parecía justamente el más indicado para hacerle la consulta y pedirle una opinión sobre los proyectos que pensaba llevar a la práctica en aquel terreno. Luego de los saludos de rigor, comenzó el diálogo con fundamento:

— Don Ciríaco, ¿ha visto usted mi campito? ¿Qué le parece como ha quedado?

— ¡Lindo patroncito! —repondió el criollo— Lindo nomás, le ha quedao.

— Y ¿qué le parece Don Ciríaco: me dará algodón este terreno?

— ¿Cómo dice? —contestó Don Ciríaco, entre dudando e incrédulo—.

— ¿Si este campo le va a dar algodón? NO, patroncito, este campo algodón no le da. ¡Qué le va a dar algodón! No se haga a la idea. Este campo lo que le puede dar es apenas un poco de pasto pa las vacas; tal vez algo de leña, o algo de sombra; algún ñangapirí, tala o algarrobito. Pero algodón, no le da. ¡Qué le va a dar algodón!

Sorprendido el muchacho por la seguridad con la que el paisano negaba aquella posibilidad, buscó otra alternativa y preguntó si por acaso el campo sería mejor para otra cosa. Por ejemplo si le daría girasol. Pero su sorpresa aumentó al sentir que Don Ciríaco negaba rotundamente que aquel terreno le llegara a dar girasol. Repitió que lo único que aquel campito le daría sería un poco de pasto, algo de sombra para los animales y algún que otro arbolito de fruta agrídulce. Todas cosas que brotaban de por sí y sin necesidad de esfuerzo alguno.

Esto colocó al pobre ingenierito frente a la duda. ¿Debería seguir preguntando, o tenía que dar por supina la ignorancia del hombre y actuar sin escuchar sus opiniones? Como era correcto y quería agotar la instancia, continuó su indagatoria respecto a la posibilidad de que esa tierra le diera sorgo granifero, maíz, soja. Pero todo fue inútil. El paisano se afirmaba en forma contundente en sus opiniones y repetía casi como si fuera un dogma.

—No patroncito. ¡Qué le va a dar este campo! ¡No, este campo no le da nada de eso! Mire los años que yo estoy aquí, y nunca vido que diera nada de eso

que usted dice. ¡No, este campo no le da!

Llegado a este punto del diálogo el muchacho se convenció de lo mismo que ustedes probablemente se han convencido. Es decir: que el pobre Don Ciríaco no sabía nada. Claro que fue lo suficientemente discreto como para no decirselo en forma directa. Dando vuelta a su conversación se despidió agradeciéndole la información y como de pasada le dijo casi con cariño:

—Bueno, Don Ciríaco. Gracias, ¿no? Pero sabe una cosa. Yo pienso hacer lo mismo la prueba. Voy a sembrar algodón para ver si es cierto que no me da este campito.

A lo que el paisano le respondió con toda naturalidad y picardía:

— ¡Ah! Bueno, bueno. Si usted siembra... si usted siembra, es otra cosa, ¿no?.....

Hasta aquí el cuento. En esto de trabajar con la juventud es demasiado frecuente constatar el desaliento de los mayores frente al poco fruto de los desvelos y esfuerzos realizados. Daña la impresión de que son muchos los que opinan como Ciríaco frente a los jóvenes: NO DAN. Pero tal vez si se siembra... si se siembra es otra cosa ¿no?

Estoy profundamente convencido de que la visita del Papa y su encuentro con nuestros jóvenes no ha sido un tiempo de cosecha, sino de siembra. No creo que podamos ver demasiado pronto los frutos. Y mucho menos exacto me parece el querer considerar como fruto las actividades masivas que hemos vivido. Estoy de acuerdo en que el clima de lo vivido ha sido magnífico. Pero no tanto como algo que ya se ha conseguido, sino como una oportunidad donde se sembró en la muchachada una experiencia de Dios y de Iglesia que ahora hay que seguir trabajando con cariño y con paciencia. Los frutos principales se verán después del 2.000.

Y ya que estamos, permítanme otro cuento, esta vez para los jóvenes. Se trata de una leyenda del Zanzibar, africana de origen. Se la escuché al P. Max en un sermón y me pareció macanuda por su mensaje.

Había una vuelta un pequeño poblado, metido dentro de la selva. En un abra del bosque se encontraban diseminadas las chozas y casitas de los habitantes de aquel pequeño grupo humano primitivo que vivía de lo que el bosque daba de sí mismo. Para abastecerse de agua, las mujeres tenían que bajar cada día por el senderito que conducía hasta el vallecito. Allí, en un cierto lugar había

unas grandes rocas desgastadas por los siglos, con grandes hoyadas cavadas en ellas. En uno de esos grandes depósitos naturales el agua se acumulaba por filtración durante toda la noche, y al amanecer se convertía en una fuente de agua límpida donde se podían llenar los cántaros de tierra cocida o de calabaza, con los que las mujeres venían a recoger el líquido.

Una mañana una joven se adelantó bastante a sus compañeras y llegó a las rocas cuando apenas amanecía. El lugar era el más fresco de todo el bosque, y además por ser el más húmedo, allí crecían los mejores árboles y se encontraban las frutas más apetitosas. Cuando la muchacha iba a meter su cántaro en el espejo límpido del agua, se sorprendió al descubrir en el fondo del depósito una hermosa fruta madura. Seguramente había caído allí durante la noche. Verla y codiciarla fue lo mismo. Pero en su intento de tomarla con la mano casi terminó ella en el fondo de la hoyada, que era muy profunda. Evidentemente estaba lejos del alcance de la mano. Y tampoco logró rescatarla de allí mediante un palo.

Y sin embargo la fruta estaba allí, a cada momento más tentadora. Discutiendo, la joven logró finalmente encontrar una posible solución. Vaciaría el depósito, y con ello lograría apoderarse de la fruta sin riesgos. Aunque se daba cuenta de que con ello perjudicaría a las demás mujeres que aquel día no encontrarían agua, la tentación fue tan fuerte que puso manos a la obra. Y así, cántaro a cántaro, viaje a viaje, desde la fuente al borde de las rocas, fue sacando y derramando toda el agua de la hoyada. Cada vez que sumergía su recipiente, el espejo del agua se rompía, y la fruta parecía borronearse en el fondo. Pero al regresar, luego de haber vaciado su cántaro, el agua ya se había quietado, y nuevamente la fruta se mostraba tentadora, allí, casi al alcance de la mano.

Cuando finalmente regresó, luego de su último viaje, descubrió con asombro que la hoyada se encontraba sin agua, pero que también había desaparecido la fruta. Quedó perpleja y sin comprender nada. En eso sintió que el viejo Búho, que era el pájaro sabio de la tribu, le dijo desde lo alto de un tronco seco:

—Muchacha: ¿por qué buscás abajo, lo que sólo encontrarás arriba?

Más asombrada aún, la joven levantó la vista para ver quién era el que así le hablaba. Y entonces descubrió la verdad. La fruta que ella buscaba no estaba en la fuente, sino colgada sobre ella en la rama de un árbol. Lo que ella había estado persiguiendo era sólo la imagen reflejada en el agua. La verdadera fruta estaba arriba en el árbol. Había derrochado su tiempo y todo el agua de la fuente persiguiendo sólo una imagen.

*
* *
*

Y con esto me despido. El Papa fue bien claro en decirles, mis queridos jóvenes, que aquel a quien deben mirar es a Cristo. El Papa es tan sólo alguien

que lo señala a El, a Cristo, Esto me hace recordar un proverbio chino que dice:

Un dedo señala la luna:
el tonto mira el dedo.

El Papa se ha ido. Nos ha dejado su mensaje. Y nos ha dejado con el que es el Camino, la Verdad y la Vida. Busquemos a Cristo y sigamos tras sus huellas.

*Abadía de Santa María
CC 8 - 6015 Los Toldos
Buenos Aires - Argentina*

Mamerto MENAPACE, osb